

CONTESTACIÓN
de
DON MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Señor Director: Señores Académicos:

Sobrado fácil y grata es la comisión con que me ha favorecido el Instituto. Además del inmenso placer de saludar en nombre de él, a la hora de su ingreso académico, a uno de los más calificados representantes de la generación literaria a que pertenezco, y con quien he cultivado cordiales nexos de amistad y aprecio desde nuestra ya lejana juventud, constituye motivo de singular satisfacción ser portavoz del sentimiento de unánime complacencia que a la Academia embarga por la incorporación solemne de Enrique Bernardo Núñez como titular de la Silla Letra N, vacía durante luengos años.

Por demás conocida y alabada es la personalidad del ilustre cuanto señala do escritor que hoy viene a sumar el brillo y la densidad de su esfuerzo a nuestras labores académicas. Treinta años hace que su nombre figura en los cuadros culturales del país, y cada nuevo trabajo suyo le asegura un firme peldaño en la escala de los bien ganados merecimientos. Novelista, crítico, ensayista, historiador y polemista, Enrique Bernardo Núñez lo es en grado primicerio. Lleva do a toda hora por una profunda preocupación patriótica, su obra literaria está marcada por la presencia de la angustia a cuyo impulso ha auscultado la realidad dolorosa de nuestra vida nacional. Por ello, a veces sus escrituras destilan el amargor del áloe y la retama con que se adoba, a falta de mejores ingredientes, el curso azaroso de nuestra existencia de pueblo. Negado a la vanagloria, ha seguido las rutas esquivas que llevaron a Lisandro Alvarado a buscar el contacto con la naturaleza y con los hombres sencillos. Preocupado por los grandes problemas de la nación, ha pedido a la historia el secreto de entender los y ni ha ido al pasado con afán de recursos eruditos y menos aún con empeño de ganar albricias por la consecución de datos y noticias preteridos. Ha penetrado, en cambio, en los dédalos del tiempo bien cierto de que "un pueblo sin anales, sin memoria del pasado, sufre ya una especie de muerte", y dolorosamente compenetrado de que "por carecer de una política fundada en la historia, nuestro país no es hoy lo que debiera ser", persigue en el discurso de nuestra vida pasada, fórmulas capaces de abrir sentidos realistas al presente.

El magnífico ensayo que acabamos de escuchar testimonia la inquietud que es módulo del pensamiento fecundo del beneficiario. Se adentra, como he dicho, en los grandes hechos de nuestra historia, a caza de circunstancias donde afianzar el concepto de que toda historia, conforme al decir de Croce, es una hazaña de la libertad, y a la husma de hechos que se puedan revertir sobre nuestra vida presente, como avisos para mejor guiar nuestro destino de pueblo políticamente independiente, pero que aún sufre en su economía estragos de colonia.

En panorámica visión que arranca de la época de la conquista y corre hasta la presente edad diabólica y confusa del petróleo, Enrique Bernardo Núñez procura mostrarnos sus puntos personales de juicio sobre la historia de Venezuela. Él sabe y enseña que ningún pueblo puede orientar sus actividades sin hacer un previo balance con el tiempo, y se aboca, desde su individual concepción filosófica, a desmadejar, para la experiencia promisoriosa, la trama de los hechos pasados. Bien convencido de que "la historia humana, según frases de Carlyle, es un laberinto y un caos; una valla defensiva de árboles y matorrales; una selva que envuelve a todo el mundo y la cual, a la vez que crece y agoniza, cubre bajo sus follajes verdes y árboles frutales de hoy, yacentes y en procesos más o menos lentos de putrefacción, los bosques de

todos los años y de todos los días", nuestro ensayista persigue entre las lianas y espesuras de la época colonial, los hechos que, descomponiéndose y transformándose, hacen pródigo el humus de nuestra sociedad presente.

De su viaje a través del laberinto caótico y contradictorio donde las acciones de nuestros antepasados se enredan en lucha entre lo espiritual y lo instintivo, el historiador ha logrado una serie de conclusiones que lo llevan a juzgar que "hoy como ayer se libra una batalla entre el pasado y el futuro". Entre un estilo de vida que resiste a los reclamos de la equidad y otro que busca por norte de sus actos la expansión de las facultades humanas. Sin hiatos catastróficos, que son la propia negación de la historia, perdura en nuestro suelo la angustia antigua de quienes buscaron realizar la gran hazaña de la Patria nueva. Para hoy lograrla en plenitud de riqueza moral y material, es elocuente y decisivo invocar las lecciones del pasado, a cuya voz, dice Núñez, nos "armaremos de una razón poderosa" para defender nuestro patrimonio de pueblo y "librar una terrible batalla por su existencia".

Al enjuiciar los sucesos y las ideas de nuestra Edad Media colonial, Núñez se sitúa en una posición que por demás difiere de la que he expuesto y defendido en mis trabajos de historia patria, enderezados en su modestia a explicar las razones que legitiman nuestra existencia de comunidad y a procurar que nuestra Patria se vea ancha y profunda en el tiempo, para que, a compás de que se palpe su robustez en el pasado, las bases espirituales de la sociedad soporten mejor la arquitectura de sus grandes destinos cívicos.

Frente a la tesis que abona a España el mérito de una recia labor educativa y que avalora el esfuerzo constructivo de los hombres que forjaron la nueva sociedad americana, desenvuelve el flamante colega tema enderezado a pro bar cómo desde la conquista hasta el año 1810 hubo lucha abierta entre una idea de servidumbre y de explotación y una idea de libertad, representada, a su juicio, la primera, por la tendencia españolista, y la segunda, por la autoconía de lo americano. Cierta la sentencia en su amplia valorización humana, reclama que en el campo objetivo de nuestra historia continental, sean vistos ambos aspectos del vivir colonial como emanación conjunta de los propios cuadros sociales y culturales del nuevo mundo hispánico y como fruto del pensamiento de los mismos hombres de España. Frente al concepto medieval de la autoridad regia y con mengua de la idea de imperio universal que defendieron los antiguos teólogos, expuso Vitoria, en la propia Península y sin cuidarse de la censura de Carlos I, su doctrina favorable al derecho de los indios, para reducir, a su luz cargada de equidad, los derechos de la colonización a términos tan justos como los admitidos por nuestro grande Andrés Bello en su tratado de Derecho de Gentes; y en el mero corazón salvaje de América, Lope de Aguirre lanzó su reto a la autoridad deslimitada del Rey español. Allá Vitoria, Aguirre acá, simbolizan en el siglo XVI la corriente criticista y rebelde que, en la doctrina y en el hecho, pugnó, con demérito de la indomable absorción de la Metrópoli, ya en boca de oidores y virreyes, ya en la pluma de obispos y misioneros, por crear fisonomía propia a los pueblos nuevos y la cual al crecer y robustecer, dio legitimidad y empuje al proceso de la independencia y la república. Si hubo derechos cercenados al indígena, fueron bocas españolas y criollas quienes vocearon su reparación; si hubo resistencia al centralismo dominador de la Corona, fueron españoles o hijos de éstos quienes se alzaron contra la injusticia de gobernantes y especuladores. Si España hirió con la espada de la conquista, España levantó la vara de la justicia para marcar la frente de los desaforadores. Era un mismo mundo partido en dos porciones: la de quienes buscaban la permanencia de los viejos principios del absolutismo y la de quienes luchaban por el triunfo de las consignas de la equidad. Fenómeno persistente en toda sociedad organizada, la lucha por la ampliación del radio de los derechos humanos —esencia de la historia universal— se hizo sensible en nuestro mundo indohispano al amparo de signos

donde se abulta la inconfundible prosapia hispánica y que constituyen una actitud moral que por demás honra la tradición jurídica y filosófica de España. Toca, por lo tanto, al observador actual, no buscar en alíenas influencias la génesis y el curso de esta soterrada corriente reivindicadora, y oponerla en justicia, en el mismo plano histórico y al hacer examen de razones y circunstancias, al contrario esfuerzo que se hacía presente en el espíritu de quienes ayer, tanto como hoy, han gobernado la tierra para provecho foráneo. De una partida en el debe y de otra en el haber, se forman los balances. En el terreno de los hechos simplistas, las cifras son inmóviles. En el campo de la apreciación subjetiva, aumentan y decrecen conforme sean la sensibilidad y las ideas madres de los contadores.

Pero no estoy aquí para contradecir los asertos del ilustre recipiendario en lo que ellos desdigan mis personales convicciones. Mi palabra es la palabra oficial de la Academia, y como ayer, para no comprometer el criterio del Instituto, frené el justo entusiasmo que en mi ánimo promovió la exposición, en igual oportunidad, de temas de que era integralmente partícipe, así mismo hoy declino el examen adversativo de juicios que se oponen a los míos, por cuanto ya no representarían mis palabras el vario sentir del cuerpo en cuyo nombre tengo la honra de expresarme.

Sin que lo adviertan y comprendan muchos que mal juzgan el trabajo y la posición de la Academia, acaso sea éste su mejor timbre cultural. Entre nos otros está abolida la peligrosa idea de imponer la conformidad en los conceptos. Aquí se respeta y se exalta la libertad de pensar. Aquí se alienta la contradicción fecunda, de cuyo ejercicio surge el equilibrio de las verdades particulares. Aquí, lejos de ser frenado el pensamiento, se le incita para el vuelo sin tropiezos. Cuando el Instituto recibe en su seno nuevos miembros, no mira, por carecerse de líneas dogmáticas, lo específico de las ideas, sino la robustez con que aquéllos dan forma al pensamiento y la densidad de la obra por ellos realizada. En el regazo de la Academia cabe toda manera de discurrir y en ella tienen asiento por derecho propio quienes, como Enrique Bernardo Núñez, han consagrado los más fecundos y útiles años de su vida a realizar una fructífera obra cultural. Sus méritos indiscutibles hacen que su presencia entre nosotros, lejos de ser estímulo que redunde en la superación de su trabajo intelectual, sea justo y elocuente reconocimiento de una larga labor de estudioso, y prenda, a la vez, de que la Academia, como unidad de trabajo, recibe desde hoy la aportación de un gran pensamiento ductor.

Interpreto así el significado de este acto y así me complazco en proclamarlo. Mas, el distingo que he procurado hacer entre mis ideas y sentimientos y las ideas y los sentimientos de algunos de mis colegas, se absuelve por completo al dar fe del regocijo con que la Academia ve llegar a Enrique Bernardo Núñez para tomar puesto a su mesa de trabajo.

Nada faltó, Señor, en vuestra elección: si mayor hubiese sido el número de votantes al momento de vuestra designación, seguro estoy de que ésta habría sido siempre unánime, pues para el acto de justicia sí se conforman nuestros votos. En cambio, en esta hora de vuestro solemne ingreso, falta la voz de quien se había adelantado a manifestar la complacencia con que os daría la bienvenida: Pedro-Emilio Coll, huraño para ejercicios de tribuna, se aprestaba, espontáneo, a hacer vuestra alabanza. Ante lo que él hubiera podido decir en elogio de vuestra obra literaria, son oscuras en extremo mis palabras. Abónenlas, en cambio, la presencia en recuerdo del ilustre maestro desaparecido y el afecto muy sincero con que saludo vuestro ingreso en esta casa, que de antaño os ha mirado como a uno de los suyos.

¡Señores!